

Mesa N° 5: Trabajo, estructura socio-productiva y territorio

Título ponencia: Trayectorias laborales de recuperadores/as de RSU de la localidad de La Bebida, Departamento Rivadavia, Provincia de San Juan.

Autora: Mariana Antunez; antunezmariana@hotmail.com; UNSJ

Palabras clave: Recuperadores de residuos, Trayectorias laborales, Reconversión laboral.

TRAYECTORIAS LABORALES DE RECUPERADORES/AS DE RSU DE LA LOCALIDAD DE LA BEBIDA, DEPARTAMENTO RIVADAVIA, PROVINCIA DE SAN JUAN

Con el objetivo de describir y analizar las trayectorias laborales de los/as trabajadores/as del PTA que en el pasado se desempeñaron como recuperadores y recuperadoras del vertedero de la localidad de La Bebida, recurrimos a algunos aportes teóricos de la perspectiva del enfoque biográfico para definir y caracterizar el concepto de trayectoria. Tal como afirmamos en el desarrollo conceptual, la perspectiva teórica del estudio de trayectorias laborales implica necesariamente la consideración de todas las dimensiones de la vida social, ya que el objetivo es indagar sobre el proceso íntegro y real de toma de decisiones de los sujetos, en el cual las diferentes dimensiones se entrelazan y condicionan mutuamente. Creemos que este abordaje resulta de gran utilidad para dar cuenta de las vinculaciones e interdependencias existentes entre las distintas esferas de vida de las personas en estudio.

En primer lugar, haremos referencia a ciertos aspectos y/o situaciones acontecidas en las historias de vida de las personas entrevistadas que se relacionan con el desarrollo de sus trayectorias laborales, como el nivel educativo, la ocupación de los padres, los movimientos migratorios y la edad de inicio laboral, entre otros.

Posteriormente, nos detendremos en la trayectoria laboral propiamente dicha. Trataremos de caracterizarlas deteniéndonos en las ocupaciones previas a las de recolección informal en el vertedero de La Bebida, sean éstas remuneradas o no, tomando como punto de partida la primera actividad laboral hasta el momento en que fueron entrevistados siendo trabajadores/as del PTA.

A partir de la descripción de las actividades desarrolladas con la basura en los relatos de los trabajadores y trabajadoras del PTA, otrora recuperadores informales, intentamos dar cuenta de que la recuperación no convencional de residuos posee ciertas características específicas en cuanto a su procedimiento, en los recursos utilizados para llevarla a cabo, en las modalidades de planificación de la tarea, en las relaciones sociales que la configuran y en el sostenimiento más o menos estable de un ingreso proporcionado por la misma. Incluso se podría afirmar que requiere de cierto conocimiento de materiales, de habilidades de negociación de precios, de construcción de vínculos y demás cuestiones que hace de la misma algo más que un rebusque espontáneo.

En la presente ponencia intentaremos conocer las condiciones y circunstancias que llevaron a estas personas a realizar la actividad de cirujeo: motivos de ingreso a la

actividad, canales de acceso al basural y las primeras impresiones y aprendizaje de las tareas de recuperación. Además, intentaremos reconstruir mediante los dichos de los propios actores las distintas prácticas desplegadas diariamente para conseguir el sustento a fin de desentrañar las formas que adquiriría la organización del trabajo en el vertedero.

i. Las personas entrevistadas y su historia

Comenzaremos realizando una aproximación biográfica como marco de referencia general para el estudio de las trayectorias laborales de los trabajadores y trabajadoras del PTA.

Si bien no procuramos reconstruir la biografía individual con las técnicas propias del método biográfico, lo consideramos ya que se trata de un enfoque que sostiene una determinada concepción de lo social y de las formas de conocerlo. Para ello, haremos una breve reseña de la historia de vida y laboral de las personas entrevistadas, ya que entendemos a la trayectoria laboral inscripta en la trayectoria vital.

Alfredo (64 años) es el hijo mayor de una familia de seis hermanos que a los 8 años comenzó a trabajar debido a que su padre, que era jornalero, tuvo una complicación de salud que lo dejó inactivo. Alfredo dejó la escuela para ayudarle a su madre en las labores agrícolas, ya que al ser el hijo mayor, asume tempranamente el rol de proveedor. Su trayectoria laboral se desenvuelve entre trabajos agrícolas y en el rubro de la construcción. Se muda con su familia (tiene 6 hijos) a La Bebida donde trabaja al tanto en la cosecha de aceituna y al finalizar la temporada, comienza a asistir al vertedero. Cuando lo entrevistamos, trabajaba como maestranza en el PTA.

Gervasio tiene 59 años, es nacido y criado en La Bebida. Proviene de una familia de once hermanos. Cuando él era chico, su padre era empleado municipal y su madre, ama de casa. El padre perdió la vista (y el trabajo), motivo por el cual comenzó a llevar a sus hijos a trabajar en las cosechas de aceituna y luego en cuadrillas a la provincia de Mendoza. Gervasio no llegó a terminar el séptimo grado debido a que comenzó a trabajar. En la provincia de Mendoza fue contratista de finca durante 20 años y luego regresó a San Juan, donde trabajaba alternando changas en el sector rural con la recuperación de materiales. Su puesto de trabajo al momento de entrevistarlo era en el frente de descarga, donde llevaba el registro de los camiones que ingresan al predio.

Sandra es oriunda de Jujuy, tiene 39 años y vive con su pareja y sus cinco hijos. Cuando ella era chica, su padre era albañil y su madre, empleada doméstica. En cuanto a su nivel educativo, terminó de cursar el nivel primario pero adeudaba materias. Se inició en el mundo del trabajo a los 18 años, cuando viajó a Mendoza con unas amigas a trabajar en cuadrillas de cosecha. Allí conoce a su pareja, que es de San Juan y deciden venir a vivir a la provincia, donde siguieron desempeñándose en labores agrícolas por temporadas que alternaban con el trabajo en el vertedero. Cuando la entrevistamos, trabajaba en la cinta de clasificación.

Mariela (40 años) está casada y tiene tres hijos. Cuando era chica, vivía en una finca donde trabajaba junto con sus padres y sus diez hermanos. Empezó a trabajar a los 11 años en la finca, dejando la escuela en cuarto grado y a los 16 se empleó en servicio doméstico en casas de familia. Conoce a quien ahora es su marido y se va a vivir con él

a La Bebida. Sigue trabajando como empleada doméstica hasta que nacen sus hijos y deja el trabajo. Su marido alternaba las temporadas de cosechas con el vertedero, así que ella decide comenzar a trabajar con él en el basural para contribuir a la economía familiar. Su trabajo en el PTA al momento de entrevistarla consistía en seleccionar materiales en la cinta de clasificación.

Néstor tiene 41 años, está casado y es padre de seis hijos. Nació en San Juan, pero cuando tenía un año y medio su familia emigra a la provincia de Mendoza. Allí su padre era contratista en una finca y su madre, ama de casa. Su familia de origen está compuesta por sus padres y diez hijos. Durante su niñez, los que ayudaban en el trabajo familiar eran sus hermanos mayores y él se dedicaba a estudiar, alcanzando el cuarto año del nivel secundario. Luego conoce a su pareja y se dedica a trabajar en la construcción, alternando con temporadas de cosechas. Posteriormente, ya con dos hijos regresa a San Juan con su familia y su padre, donde comienza a alternar el trabajo agrícola en las temporadas con la recolección en el vertedero durante el invierno. Cuando se realizó la entrevista, se desempeñaba como maquinista en el PTA.

Victoria (29 años), está en pareja y tiene dos hijas. Es oriunda de La Bebida y proviene de una familia conformada por sus padres y siete hijos. Su papá es albañil y su mamá es ama de casa. Victoria se escolarizó hasta 9° grado del EGB debido a que quedó embarazada y abandonó sus estudios. A los 18 años comenzó a trabajar en un maxikiosco. Asistió al vertedero de manera eventual con su marido, cuya familia solía recuperar materiales en tiempos en que los empleos rurales escaseaban. Al momento de entrevistarla, trabajaba en el sector pañol del PTA.

Paulina es oriunda de Río Cuarto (Córdoba). Tiene 43 años y una hija de 9. Se crió con su madre y un hermano menor ya que su padre se fue de la casa cuando ella tenía 5 años y su mamá tuvo que salir a trabajar. Se desempeñaba como cocinera en un geriátrico municipal y a sus hijos los ubicó en una escuela albergue. A los 18 años emigra sola a San y comenzó a juntar cartones en la peatonal. A los 30 años, forma pareja con un muchacho de La Bebida, el padre de su hija, y se muda con él a un asentamiento. Al separarse de su pareja, comenzó a asistir al vertedero a ayudar a sus vecinas y amigas. Cuando se realizó la entrevista, clasificaba materiales en la cinta.

Santiago es soltero y tiene 23 años. Es el menor de los cinco hijos de Gervasio, con quien convive junto a su madre. A los 7 años comenzó a colaborar en las labores llevadas a cabo en la finca donde su familia tenía contrato. Se escolarizó hasta quinto grado y empezó a trabajar para ayudar a su padre y hermanos en las cosechas como jornalero, actividad que alternaba con la recolección en el vertedero. A los 16 años se empleó en un secadero de pasas y luego en un establecimiento dedicado a la compra de materiales reciclados, ambos trabajos por un período determinado, de modo que se dedicaba a las cosechas en cuadrillas, con las que viajaba a otras provincias siempre junto a su padre o hermanos y en épocas de invierno, trabajaban en el vertedero. Al momento de entrevistarlo se desempeñaba como camionero en el PTA.

Una vez realizada esta presentación, haremos referencia a algunos aspectos que influyen en la historia laboral de las personas entrevistadas, específicamente a la ocupación de sus padres, al nivel educativo y a la edad de inicio laboral. Ya que, como veremos, muchas de las personas entrevistadas repiten las condiciones estructurales de sus padres en términos educativos y laborales.

En cuanto a la ocupación de los padres, registramos que la mayoría de las madres no trabajaron fuera del hogar o lo hicieron como trabajadoras familiares sin remuneración en el sector agrícola. Sólo en dos casos se han desempeñado en ocupaciones fuera del hogar: una empleada doméstica en casas de familia y otra que trabajó como cocinera en un asilo estatal. En cuanto a las actividades de los padres, algunos se han dedicado a empleos informales en el ámbito rural – chacareros, jornaleros – y en la construcción como albañiles. Sin embargo, otros han tenido empleos de mayor calificación, tales como: encargados de fincas, encargados de obras o empleados municipales.

Al profundizar en las entrevistas acerca del nivel educativo y de la edad de inicio laboral, los/as trabajadores/as dan las razones que los lleva a ingresar a temprana edad al mercado de trabajo, con la consecuente deserción escolar. Estas razones, en la mayoría de los casos, se vinculan a las condiciones económicas familiares, debiendo emplearse para colaborar con el ingreso de la familia.

El análisis que realiza Sebastián Waisgrais (2007), en base a los resultados de la Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes (EANNA) realizada en nuestro país en el año 2005, afirma que los “menores que acompañan a sus padres en sus actividades laborales tienen mayores probabilidades de ser trabajadores infantiles y adolescentes. Asimismo, esta forma de transmisión intergeneracional de los patrones de inserción laboral se produce a expensas de la asistencia al sistema educativo” (p.189). En las entrevistas realizadas encontramos que los sujetos estudiados poseían nivel educativo primario completo¹ (5 personas), una lo estaba cursando y otras 2 habían incursionado en el nivel secundario sin haberlo concluido. Resulta menester aclarar que, antes de la reconversión laboral, de las 8 personas entrevistadas 5 tenían el primario incompleto, 1 concluyó sus estudios primarios y 2 cursaron estudios secundarios (hasta 2º y 4º año) sin haber concluido el nivel.

Si nos centramos en la edad de inicio laboral, encontramos que cuatro personas iniciaron su trayectoria laboral como trabajadores infantiles (Alfredo, Gervasio, Mariela y Santiago), dos comenzaron a trabajar a los 16 años (Néstor y Paulina) y dos a los 18 (Sandra y Victoria).

Los/as trabajadores/as infantiles, que se iniciaron laboralmente entre los 7 y los 11 años, se desempeñaron en tareas rurales para ayudar a sus familias, ya que el carácter estacional en la demanda de los ciclos de trabajo agrícolas, llevan a las familias a maximizar la obtención de ingresos monetarios, incorporando a los niños y adolescentes en las cosechas (Aparicio, 2007). El relato de Santiago deja ver con claridad esta situación:

“Había parrales, todo eso y se dedicaban a los contratos todavía y mi vieja le ayudaba a mi viejo cuando tenía que hacer algo le ayudaba ella. Le ayudábamos entre todos. A pesar que yo era chico, algo le ayudaba” (Santiago).

¹ Consultamos acerca del nivel educativo alcanzado antes de la reconversión laboral, ya que al momento de realizar las entrevistas, todas las personas que completaron el nivel primario lo habían hecho por medio del Plan FiNES contemplado en el Plan de Inclusión Social propuesto por la SEAyDS.

Dentro de este grupo, encontramos que en dos casos (Alfredo y Gervasio) lo hicieron debido a que sus padres sufrieron dificultades de salud. Alfredo tuvo que asumir a muy temprana edad el rol de proveedor:

“Mi padre era trabajador rural, jornalero. Trabajaba el campo igual que yo. Cuando yo dejé la escuela, mi padre se enfermó. Estábamos cuidando olivos y yo le ayudaba y lo operaron del apéndice. Lo operaron del apéndice y se le reventó adentro...Estuvo casi un año que le supuraba la herida y dejé la escuela. A los 8 años tuve que empezar a trabajar (...) porque el único mayor era yo, y mis hermanos y las otras hermanas eran chicos. Yo trabajaba con mi mamá (...) le ayudaba a cortar tomate, todas esas cosas. Y hasta que cumplí los 15 y ahí ya empecé a agarrar las otras cosas, a trabajar con los tractores y así” (Alfredo).

Similar es la historia de Gervasio, cuyo padre pierde el trabajo como empleado municipal debido a una discapacidad, motivo que lo llevó a realizar actividades laborales junto a sus hermanos en la infancia.

“Mi papá trabajaba en la municipalidad y la mamá no, la mamá se quedaba en la casa. Lo operaron de la vista, de las cataratas y no era capaz de trabajar así que lo poco que veía nos llevaba a la aceituna, éramos chicos. A la noche veníamos a la escuela. Poco a poco nos criamos, después nos fuimos a la cuadrilla de cebolla a Mendoza”. (Gervasio).

Una regularidad encontrada entre aquellos entrevistados y entrevistadas que se iniciaron laboralmente en la infancia es que cambiaron de trabajo en la adolescencia, específicamente entre los 15 y 16 años. Ahora ya no se desempeñan como trabajadores familiares sino que lo hacen para un empleador. Los hombres siguieron ocupados en el ámbito rural como jornaleros en cuadrillas, tractorista y empleado en secadero de pasas, mientras que Mariela, la única mujer, comenzó a trabajar como empleada doméstica. Esto se corresponde con lo que plantea Elizabeth Jelin (2000) acerca de la segmentación ocupacional entre géneros. Según la autora, los varones acceden a todo tipo de actividades económicas mientras que las mujeres se emplean en labores ‘típicamente femeninas’, que son aquellas que se manifiestan como una extensión de la labor doméstica.

Para el caso de quienes comenzaron a trabajar en la adolescencia, las razones del inicio laboral se relacionan con la independencia de la familia nuclear que implicó en algunos casos la migración – y la consecuente independencia de la familia de origen - y en otros, la conformación de la propia familia (o una combinación de ambas).

Néstor formó pareja y migró de Mendoza a San Juan. Con familia a cargo, alternaba el trabajo rural con changas en construcción. En el caso de Victoria, formó su propia familia en la adolescencia debido a su maternidad, motivo por el cual dejó de estudiar para incursionar en el mundo del trabajo. Diferente es el caso de las otras dos mujeres, donde el inicio laboral está ligado a la migración en busca de independencia. Sandra viajó como trabajadora golondrina desde su Jujuy natal a Mendoza con sus amigas, mientras que Paulina, en disconformidad con la nueva pareja de su madre, migró a San Juan donde se ganaba la vida juntando cartones en la peatonal provincial.

En el presente apartado hemos podido observar que tanto las personas entrevistadas como sus padres y madres se han desempeñado en ocupaciones similares:

trabajadores/as rurales, albañiles, amas de casa y empleadas domésticas, entre otras. Asimismo, que la primera actividad laboral de las personas indagadas haya sido a temprana edad, en la niñez o adolescencia se relaciona estrechamente con el abandono escolar en el nivel primario o bien en los primeros años de la educación media, característica de “una situación que se advierte claramente en hogares numerosos, bajo formas de empleo familiares e informales, y en hogares donde el jefe de hogar está desempleado, trabajando en el sector informal y donde los padres tienen un bajo nivel educativo” (Waisgrais, 2007, p.189). Estos aspectos nos muestran que las posibilidades de trabajo de estos trabajadores y trabajadoras están ligadas al capital social de sus familias. Asimismo, que la combinación del trabajo infantil / juvenil sumado al bajo nivel educativo conllevó a un estrechamiento de sus posibilidades de empleo a futuro, denotando la existencia de una reproducción intergeneracional de la pobreza estructural.

ii. Ocupaciones previas al cirujeo

Centrarnos en las ocupaciones previas al cirujeo nos remite al análisis de las trayectorias laborales de las personas en estudio. Las mismas se manifiestan como el producto de un complejo de factores cuyos antecedentes no comienzan con la inserción al mercado de trabajo, sino que se elaboran antes y por efecto de otras variables. Teniendo en cuenta que la trayectoria laboral es “el recorrido en relación con la experiencia vital que transcurre en un doble vínculo entre procesos estructurales e historias personales y familiares” (Elder, 1999, citado en Graffigna, 2005), en el apartado anterior pudimos ver que aspectos como el nivel educativo, la edad de inicio laboral y la ocupación de los padres actúan como condicionantes del tipo de empleo a los que las personas entrevistadas accedieron a lo largo de su vida.

Las trayectorias de los trabajadores y trabajadoras entrevistados muestran que se consolidaron en la informalidad asociada a empleos precarios en el ámbito rural (principalmente jornaleros), como trabajadores familiares sin remuneración, en changas en construcción, en servicio doméstico, como empleados en pequeños comercios barriales y en lugares destinados a la compra y recuperación de materiales.

Del análisis se desprende que son trayectorias que tienen su punto de inicio ya sea en la niñez o en la adolescencia, con la finalidad de contribuir a la economía familiar principalmente. La mayoría de las personas entrevistadas proviene de familias numerosas (a excepción de Sandra y Paulina).

Quienes vienen de familias cuyos padres se desempeñaron en empleos en el ámbito rural, comenzaron a trabajar siendo niños. Esto se debe, según Aparicio (2007) a que los productores agropecuarios “basan la organización de su producción –tanto para el mercado como para la subsistencia del grupo doméstico– en la utilización del trabajo de su familia” (p. 211). La autora agrega que las familias dedicadas a tareas rurales organizan sus actividades en función de la edad y del género, donde no existe una diferenciación entre las actividades reproductivas y aquellas destinadas a la producción. De esta manera, los niños y niñas “se van socializando en el mundo de los adultos” (Aparicio, 2007, p. 211).

En el caso de Alfredo, encontramos que asume a muy temprana edad el rol de proveedor por ser el hijo mayor de la familia. Las excepciones aquí son Gervasio, cuyo padre por una discapacidad pierde el empleo de empleado municipal y lleva a sus hijos

a cosechar. También Néstor, que al ser el hijo menor de la familia no trabajó sino hasta los 16 años ya que los que colaboraban con las labores en la finca donde su padre era contratista, eran sus hermanos mayores.

Es válido destacar que el trabajo asumido desde tan temprana edad deriva generalmente en un abandono del sistema educativo sin terminar la escolaridad básica, afectando sus posibilidades de obtención de empleos de mejor calidad a futuro. No obstante, la contribución económica al hogar de estas personas desde muy jóvenes resulta central en las estrategias de vida de sus familias. Generalmente, los padres de los niños trabajadores pertenecen al sector informal, factor que, según Waisgrais (2007) es determinante “sobre la probabilidad de trabajo infantil y la asistencia a la educación” (p. 178).

Los entrevistados y entrevistadas cuyos padres trabajaron en otras ocupaciones, principalmente en relación de dependencia, se iniciaron laboralmente en la adolescencia. En este grupo encontramos a la mayoría de las mujeres: Sandra, Paulina y Victoria, que comenzaron a trabajar como una necesidad de acceder a cierto grado de independencia. Para las dos primeras, salir a trabajar supuso también alejarse de sus familias de origen, ya que ambas migraron (por diferentes motivos) de sus provincias natales. Victoria, en cambio, se inicia laboralmente porque ya tenía dos hijas.

Del análisis de las entrevistas se desprende que las trayectorias de estos trabajadores y trabajadoras comparten dos características que les son comunes: son precarias e inestables. Vale aclarar que las distinciones que aquí exponemos son sólo con fines analíticos debido a que en cada caso se articulan de un modo particular poniendo énfasis más en unas que en otras.

Dijimos que las trayectorias ocupacionales de las personas en estudio son precarias. Los recorridos laborales abordados se caracterizan por ser informales y, consecuentemente, por la imposibilidad de acceder a alguno o a todos los beneficios sociales que legalmente le corresponden a un trabajador. Es decir, que estamos en presencia de trabajos no registrados (o con contratos transitorios), a veces tercerizados y con bajos niveles de ingresos. Generalmente son empleos con largas jornadas de trabajo que, sumado a lo anterior, se traduce en una situación de vulnerabilidad económica y laboral de los/as trabajadores/as y sus familias.

Dentro de esta distinción, decidimos agrupar las trayectorias según la estabilidad de los trabajos a los que accedieron los/as trabajadores/as del PTA que en el pasado recuperaban materiales en el vertedero.

Tratamos de visualizar de qué manera el hecho de haber tenido estabilidad laboral influyó en la decisión de ir a recuperar materiales al vertedero. El supuesto que sostenemos es que a las personas que tuvieron estabilidad laboral les resultó más difícil tomar la decisión de salir a recuperar materiales de la basura, correspondiéndose con la conceptualización de “cirujas por caída” y que los sentidos construidos en torno al trabajo varían según la experiencia de estabilidad que hayan tenido. Es por ello que construimos tres categorías para agrupar los recorridos aquí analizados, que desarrollaremos a continuación.

- a. **Trayectorias con algún trabajo estable:** Aquí podemos ubicar a quienes se han desempeñado durante algunos años en una misma ocupación y con un mismo empleador. Tenemos el ejemplo de Gervasio que fue encargado de finca durante

veinte años, quien además de tener personal a cargo manejaba maquinarias. También tenemos a Alfredo que trabajó cinco años como albañil calificado en una empresa constructora. Para estos dos casos, además de la estabilidad en el trabajo, encontramos que son ocupaciones que requieren cierta calificación, aprendida durante el desempeño de las labores. En cuanto a las mujeres, Mariela trabajó como empleada doméstica durante seis años y Victoria trabajó ocho años en un comercio barrial.

- b. Trayectorias desarrolladas en trabajos inestables:** llevadas a cabo tanto en el ámbito urbano como en el rural. Entre las ocupaciones urbanas podemos ubicar a Santiago que trabajó en un establecimiento dedicado a la compra de materiales recuperados y a Néstor que se desempeñó en changas en el rubro de la construcción. En cuanto a los quehaceres en el ámbito rural pudimos observar jornaleros/as “al tanto” durante las temporadas de cosechas, que transitaban por diferentes fincas y lugares – muchas veces fuera de la provincia – para conseguir el sustento, como es el caso de Sandra, que toda su vida se dedicó a estas labores y los/as demás entrevistados/as a excepción de Victoria y Paulina que en algún momento de su vida fueron cosechadores. La característica que comparten es que estas actividades las fueron alternando con otras changas o con la recuperación de residuos en el vertedero.
- c. Trayectorias centradas en el cirujeo:** ubicamos aquí la trayectoria de Paulina, quien, si bien tuvo un trabajo antes de dedicarse al cirujeo, resultó una experiencia muy corta a tal punto que, en su relato, ella no lo registra como trabajo sino que en la conversación surgió esta actividad como un comentario aislado acerca de otro tema. Sacando ese trabajo, durante toda su vida se dedicó al cirujeo; primero en el centro de la ciudad de San Juan y luego en el vertedero de La Bebida, hasta que tuvo la oportunidad de ingresar a la planta de tratamiento de residuos del PTA, el cual ella reconoce como su primer trabajo.

Para aquellos/as trabajadores/as que tuvieron algún empleo estable, el hecho de perder su trabajo y dedicarse a recuperar materiales en el vertedero se les presentó como un punto de inflexión en la trayectoria, encontrando en esta actividad un “rebusque” o salida ante la pérdida del trabajo. Esta concepción acerca de la actividad de cirujeo como algo transitorio o temporal, tiene su correlato en los significados que las personas de este grupo construyeron acerca del trabajo de recuperación de residuos como veremos más adelante.

Cuando decimos que las trayectorias de los recuperadores/as son inestables, nos referimos a que presentan a lo largo de su recorrido laboral constantes entradas y salidas del mercado de trabajo (siempre informal). Al hablar de inestabilidad hacemos referencia a que existe una falta de continuidad en sus trayectorias. Es decir, las trayectorias aquí analizadas no son lineales sino que presentan constantes rupturas, donde pueden observarse marcados períodos de desempleo ligados principalmente a las temporadas agrícolas, que alternaban con changas en otros rubros (por ejemplo, en la construcción) y la recuperación de materiales. Esta opción les resultaba favorable ya que todas las personas entrevistadas residen en las inmediaciones del predio donde se situaba el vertedero, resultando una oportunidad de obtención de ingresos relativamente accesible, que se alternaba o complementaba con empleos temporarios.

Como vemos, el cirujeo atraviesa los recorridos laborales de todas las personas entrevistadas. Para algunos, comenzó como un rebusque que vendría a salvar el haber perdido el trabajo. Para otros, era la alternativa que permitía sostener una ocupación durante todo el año cuando las changas escaseaban. Por último, para Paulina, cuya trayectoria está centrada en el cirujeo, fue su modo de ingreso permanente en una ocupación que le permitía subsistir junto a su hija. De ahí que ella considera al trabajo que tiene en la actualidad en el PTA como su primer trabajo, haciendo alusión al carácter formal del mismo.

A pesar de las distinciones expuestas, el denominador común en todos los casos es la posición de vulnerabilidad y precariedad en el espacio social, trazada por una trayectoria inestable, cuya marca está dada por las diferentes “formas particulares de empleo” (Castel, 1997, p.335). Las inserciones laborales de estas personas han sido “en negro”, de baja calificación e intermitentes. El recurso de alternar o combinar el trabajo en las cosechas en épocas de verano y el vertedero en el invierno era muy utilizado a los fines de poder compensar la falta de ingreso asociada a la estacionalidad de las labores, procurándose así cierta estabilidad económica.

iii. La basura como fuente de trabajo y sustento

Las trayectorias laborales de las personas entrevistadas confluyen en un mismo lugar, el vertedero de La Bebida, construyendo una determinada percepción acerca del ser recuperador informal.

Como vimos en las páginas precedentes, una de las características que distinguen al sector de la población en estudio es el haber estado inmersos en la pobreza estructural. Se podría afirmar entonces que la identificación del vertedero con un espacio de inserción laboral de muchas familias de la zona de La Bebida, encontraban en él una forma de producción y reproducción de su existencia.

A continuación expondremos las condiciones y circunstancias que llevaron a las personas entrevistadas a realizar la actividad de cirujeo, el modo en que accedieron a ese espacio de trabajo y cómo aprendieron la actividad, atendiendo a sus primeras impresiones acerca del trabajo con la basura.

“Siempre hay que buscar la vida”: Ingreso a la actividad de cirujeo en el vertedero

Con respecto al momento de ingreso a la actividad, los/as entrevistados/as expresaron haber comenzado a concurrir más asiduamente al vertedero entre los años 1995 y 2001 en su mayoría. Los informantes más jóvenes lo hacían para ayudar a sus padres en la recuperación de residuos en calidad de trabajadores familiares o acompañantes, cumpliendo un rol de colaboración y ayuda a la economía familiar. Entre los que comenzaron a asistir más recientemente, encontramos a Paulina que en el año 2005 se mudó de la ciudad de San Juan hacia La Bebida. De todos modos, como señalamos anteriormente, ella se desempeñaba desde el año 1988 como ciruja en la capital provincial.

En cuanto a los motivos de ingreso a la actividad de recolección informal de residuos, los estudiosos en la materia coinciden en distinguir dos tipificaciones: los cirujas estructurales y los nuevos cirujas (Perelman, 2009).

Los primeros son aquellos que contienen en su historia familiar laboral la tradición del cirujeo y generalmente realizan la actividad desde temprana edad como trabajadores familiares o ayudantes. Al mismo tiempo, no se dedican exclusivamente al reciclado sino también a juntar cosas de la basura, como vestimenta, calzado, muebles o chatarra. El elemento que distingue a éstos es que no hay una ruptura en la trayectoria laboral al ingresar al cirujeo sino que ese ha sido su modo de ingreso permanente, alternando con otras actividades informales pero nunca dejando la recolección. Algunos autores consideran que en estos casos existe una naturalización de su condición, donde no se cuestiona el origen de la actividad (Farías y Herrero, 2013).

Los segundos, en cambio, son personas que comenzaron a recolectar residuos a modo de rebusque o estrategia de supervivencia, ya que sus trayectorias hacían entender que era algo momentáneo, una salida de la crisis. Sin embargo, los años de recuperación económica y la disminución de la tasa de desempleo en nuestro país no lograron que este fenómeno disminuyera significativamente, motivo por el cual terminaron adoptando las características de los cirujas estructurales, alternando el cirujeo con trabajos temporarios y changas o simplemente, adoptando la recuperación informal como su única actividad laboral.

Si bien esta tipificación resulta importante a fines analíticos, consideramos que la realidad es mucho más compleja ya que en las trayectorias de los recuperadores y recuperadoras del vertedero de La Bebida, la entrada y salida en esta actividad, así como el complemento de la misma con otras igualmente precarias, es constante. Dicha actividad no implica un “quiebre” o “ruptura” marcada en sus trayectorias laborales. Por otro lado, si bien muchos de ellos venían realizando la actividad desde hace varios años, e incluso en algunos casos sus padres también lo hicieron, se definen a sí mismos como trabajadores rurales o changarines.

Los/as entrevistados/as calificaron en una primera instancia a la actividad de recuperación informal como un rebusque, una salida o alternativa ante la falta de trabajo. La mayoría coincide en que al principio recurrían al vertedero de manera temporal, alternando el cirujeo con changas o trabajos temporarios en las cosechas, hasta que la imposibilidad de conseguir un trabajo estable y el rédito económico que suponía la recuperación y venta de materiales, los llevó a quedarse con el trabajo de la basura en lugar de buscar otras alternativas:

“Bueno, estuve un tiempo en la construcción y bueno, después se terminó y por ahí iba a las chacras y de ahí empecé a venir para acá, al vertedero (...) No conseguía trabajo y antes de no tener nada y de andar sin nada...Y se ganaba. Por día, se ganaba. (...) Y ya cuando no conseguía, póngale, una temporada de arrancar cebolla, ajo o lo que es para la uva (...) la mayoría se iban a trabajar y otros que, prácticamente, se quedaban todo el año completo [en el vertedero]. Le daban todo el año completo (...) Porque hubo un tiempo que ganaban plata. Ganaban 400, 500 pesos por día” (Néstor).

De lo expuesto podemos interpretar que la actividad de recuperación de materiales resultaba accesible y atractiva a la vez ante la falta de trabajo. Las personas

indagadas solían emplearse principalmente en labores agrícolas, caracterizadas por la estacionalidad de la producción, ya que durante el año coexisten momentos de altas demandas de trabajo (por ejemplo, para el tiempo de cosechas) combinadas con etapas de escaso empleo, en las que las personas “viven de changas y empleos o autoempleos en el sector informal” (Aparicio, 2007, p. 209).

La cercanía del basural con los barrios donde residen los/as entrevistados/as les otorgaba una ventaja en cuanto al acceso al trabajo con la basura. Otro punto a favor era el rédito económico que suponía la actividad de cirujeo, ya que, como ellos mismos cuentan, había un tiempo en el que sacaban buenas ganancias con la venta de los materiales.

Asimismo, en algunos casos, había una tradición familiar de asistencia al vertedero que se transmitía de generación en generación. Las familias solían concurrir allí ante la falta de trabajo, alternando las temporadas de actividad agrícola con la recuperación de materiales, adoptando las características propias de los cirujas estructurales.

En este contexto, podemos visualizar que en el caso de las mujeres, los motivos de ingreso a la actividad, además de los expuestos, están ligados a su condición de género, a la maternidad y a los arreglos necesarios en la organización familiar para poder trabajar:

“(Mi pareja) me dejó con mi nena de 3 años, entonces ahí ya me puse de lleno a venir al basural todos los días con mi nena (...) porque me quedaba bien. Aparte con la nena en cualquier otro trabajo no te aceptaban”.
(Paulina)

“Yo después de que dejé de trabajar en casa de familia empecé a venir acá. Y bueno, empecé acá nomás y no me dio por buscar otro trabajo ya por los chicos”. (Mariela)

Recapitulando, es posible identificar los motivos que llevaron a estas personas a realizar la actividad de cirujeo en el vertedero donde el predominante es la falta de empleo y el carácter estacional del trabajo rural. Otras razones a destacar son que el hecho de vivir cerca del basural les quedaba cómodo en cuanto al acceso y también el rédito económico que generaba esta actividad, resultando atractiva en ese aspecto. Asimismo, principalmente en las mujeres, registramos razones familiares: la organización del hogar, el cuidado de los hijos y, en algunos casos, la ruptura del vínculo conyugal.

“Vamos a la basura”: Canales de acceso al vertedero

El vertedero de La Bebida representaba para las personas entrevistadas un espacio laboral que permitía su subsistencia y la de sus familias. En este apartado nos interesa saber cómo es que llegan a dicho lugar, con quiénes y cuáles fueron sus primeras impresiones.

Las relaciones personales familiares en primer lugar y luego las de amistad y vecindad son las que se manifiestan jugando un rol determinante en lo que al acceso a la información y conocimientos necesarios para el desarrollo de la actividad se refiere.

Llegados a este punto, interesante es introducir el planteo de Larissa Adler de Lomnitz (1973) sobre las “redes de intercambio recíproco”, que consiste en reconocer que entre las estrategias de sobrevivencia de las unidades domésticas insertas en condiciones de vida desfavorables, se encuentran básicamente la existencia de prácticas relacionadas con la participación en redes de intercambio recíproco de bienes y servicios. Estas prácticas constituyen estrategias de solidaridad basadas en expectativas de intercambios entre sí, donde hay un acuerdo tácito de reciprocidad colectiva.

Estas redes de intercambio² que circulan en las relaciones informales que se establecen entre vecinos, parientes y amigos se presentan como recursos alternativos claves para la resolución de los diferentes problemas a los que se enfrentan las familias pobres, debido a la inseguridad económica a la que se ven sometidas.

Los entrevistados y entrevistadas coincidieron en que fueron introducidos al cirujeo por familiares, amigos y/o vecinos, ya que la mayoría de los habitantes de las zonas aledañas al predio asistía al vertedero a buscar materiales para vender y, en algunos casos, también concurrían en busca de mercadería y vestimenta.

La característica que predomina en todos los casos es la llegada al vertedero de la mano de alguien, es decir, por invitación. En efecto, entre los trabajadores y trabajadoras encontramos progenitores/as e hijos/as, hermanos/as y otros grados de parentesco consanguíneo o por afinidad. Estas experiencias realizadas por vecinos y por familiares cercanos, son vivenciadas como una posibilidad de encontrar en la recuperación de residuos una alternativa de trabajo y también como forma de garantizar un ingreso superior a los que podrían percibir a través de otras prácticas laborales, poniendo de manifiesto cómo estas “redes de intercambio recíproco” cobran importancia como un significativo canal de transmisión de datos y referencias, donde la reciprocidad depende de varios factores fundamentales: cercanía física, confianza e igualdad de carencias entre los que participan de la relación.

“Hay que ver de todo”: Llegada al vertedero, primeras impresiones y aprendizaje de las tareas de recuperación

Con respecto a la primera vez que asistieron al vertedero, todas las personas entrevistadas calificaron a la experiencia como desagradable o negativa, que realizaban por mera necesidad.

Registramos diferentes impresiones en los/as trabajadores/as: mientras que algunos enfatizaron en aspectos objetivos, propios del lugar; otros recordaron las sensaciones y sentimientos que les generó llegar al vertedero, entre las que encontramos el asco, la vergüenza y la necesidad de acostumbrarse “a la fuerza” a la nueva actividad.

² Según la autora estas redes son de distinto tipo e incluyen: información, asistencia laboral, préstamos (en dinero, comida, herramientas, etc.), servicios (alojamiento, ayuda en la construcción y mantenimiento de la vivienda, ayuda en las compras y en la limpieza de las casas, cuidado de niños y ancianos, etc.) Como puede observarse, los bienes y servicios intercambiados forman parte de la organización de la vida cotidiana de los miembros o familias que participan de la relación. A lo largo de las entrevistas nos fue posible evidenciar la existencia de estas redes no sólo en lo que refiere a la información acerca del trabajo en el vertedero sino también en cuanto a ayuda en la construcción de las viviendas, cuidado de niños y de bienes como ser una bicicleta, motos, etc.

En primer lugar haremos referencia a las primeras impresiones, que tienen que ver con las condiciones ambientales del lugar. Algunos entrevistados hicieron hincapié en la presencia de insectos, la “mugre”, el humo y el olor:

“Vamos a ir al basural, vamos a ir. No, cambié mucho. En el sentido que uno... Hay que ver de todo. Ahí no se esperaba que es lo que venía en los camiones. Muchas veces las moscas, muy muchas moscas, muy mucha mugre”. (Gervasio)

“El humo, porque ahí había mucho humo, mucha...Claro, porque cuando había mucho volumen de la basura, los mismos que íbamos lo quemábamos para sacar el metal, ¿viste? el aluminio, todo eso.” (Paulina)

Otras personas, en cambio, enfatizaron las inclemencias del tiempo y la desolación propia del lugar:

“No me gustó...no. Porque era...cuando vine...Muy mucha calor hace acá y bueno, no había agua, nada. Tenías que traerte los bidones de agua con hielo... Y para el frío, pasabas frío”. (Sandra)

“Había lluvia o podía nevar, sí o sí teníamos que venir. Si una vuelta nos tocó nevando y nos tuvimos que quedar ahí en el basural porque si uno se movía a lo mejor le sacaban lo poco que juntaba”. (Gervasio)

Los fragmentos expuestos ponen en evidencia la precariedad de las condiciones y del espacio de trabajo: el hecho de encontrarse completamente desprotegidos, en un ambiente hostil y desfavorable realizando una actividad riesgosa y para muchos, desagradable como estrategia de sobrevivencia en pos de alcanzar su reproducción material y social trae recuerdos de la vergüenza y la sensación de no tener otra alternativa:

“Yo cuando llegué me dio vergüenza porque yo en realidad nunca había venido a un basural. Me daba vergüenza, qué sé yo... El primer día vine a mirar y ya el segundo día le digo [a mi marido]: ‘te voy a ir a ayudar’”. (Mariela)

“Primero a mí me daba como...asco. Pero como digo yo, después al tiempo, me vine a acostumbrar (...) Me daba un poco...Vergüenza, me daba. Pero no había otra”. (Néstor)

Asimismo, para algunos, la adaptación al contexto y al trabajo con la basura supuso un proceso de acostumbramiento forzado ante la falta de empleo:

“Y...no, no me gustó nada. Bah, no...Es que uno...Yo no estaba acostumbrado a eso. Lo que pasa es que los primeros días yo...prácticamente venía y...miraba nomás, porque no...Y bueno, y aquí me fui acostumbrando, acostumbrando, acostumbrando. Sí o sí me tenía que acostumbrar porque aquí hay un tiempo que no hay trabajo, no hay nada...” (Néstor)

“La primera vez que vine me notaba raro porque nunca había hecho eso. Y me tenía que adaptar a hacer las cosas, juntar. Y después pasó tres días, cuatro días y más o menos iba agarrando confianza”. (Santiago)

“Oh, la primera vez lo peor del mundo (se ríe) (...) Las moscas, los bichos, el olor...lo peor. Pero bueno, con...eso se te va...Como todo, ¿viste? como cuando tenés un bebé el pañal te da asco los primeros días, después ya te levantas de la mesa, vas a cambiar el pañal y volvés a la mesa, ¿me entendés? y después ya te acostumbrás. Y si no venís, extrañas”. (Paulina)

Se repiten relatos muy similares al describir las impresiones y sensaciones la primera vez que asistieron al vertedero, desde el hecho de no saber con qué podrían encontrarse, como decía Gervasio, *“no se esperaba qué es lo que venía en los camiones”*. Asimismo, la mayoría coincide en que la primera vez sólo miraba, tal vez como un modo de procesar el escenario impactante y el desafío que representaba trabajar en el basural. El hecho de entrar en contacto con la basura sin saber lo que encontrarían daba lugar a sensaciones como asco, o vergüenza, haciéndolos sentir “raros”.

Sin embargo, con el paso del tiempo y a pesar de los aspectos mencionados, “se acostumbraron” (*“sí o sí me tenía que acostumbrar”*) al contexto de trabajo. Es así que, independientemente de las condiciones arriba mencionadas y las sensaciones que las mismas provocaban, la necesidad de vivir (y sobrevivir) representaba un punto decisivo para estas personas, que terminaban minimizando las condiciones insalubres (*“después ya te acostumbrás. Y si no venís, extrañas”*) y los desafíos propios de la labor.

Al indagar acerca del aprendizaje de la actividad de recolección, las personas entrevistadas coinciden en que fue por imitación, mirando y haciendo lo mismo que hacían los demás, generalmente de la persona que los/as invitaba. Encontramos, además, que el mismo era transmitido por medio de un saber experiencial, al igual que los antiguos oficios, donde el conocimiento proviene de la experiencia práctica con la característica de su permanencia en el tiempo.

Los entrevistados y entrevistadas tuvieron que aprender los “movimientos” del vertedero y a buscar en la basura los materiales reciclables, a seleccionarlos y clasificarlos. También debían saber ubicar cuáles eran los mejores productos y dónde encontrarlos en ese espacio. Además, ese aprendizaje suponía adaptarse al ambiente hostil de la basura.

iv. Proceso de trabajo con la basura en el vertedero

A partir del análisis de las entrevistas, nos fue posible reconstruir todas las actividades llevadas a cabo por los/as entrevistados/as para la recuperación de materiales en el vertedero. Lo denominamos proceso de trabajo y en él pudimos identificar cuatro etapas: 1. Apropiación de los residuos; 2. Recolección; 3. Clasificación y traslado de los materiales recuperados y 4. Comercialización. Las describiremos a continuación:

1. Apropiación de los residuos

Esta etapa comienza con el traslado hacia un lugar determinado donde los/as recuperadores/as, desplegando diversas estrategias, esperaban y contactaban a los camiones recolectores para poder recoger materiales de la basura que los mismos contenían.

En todos los relatos las personas entrevistadas coincidieron en que debían estar entre las cinco y las seis de la mañana en la curva de intersección de calle 5 (Agustín Gómez) y Pellegrini, en la localidad de La Bebida. Llegaban al lugar a pie, en bicicleta, en moto, en carros. Una vez allí, esperaban a los camiones provenientes de los departamentos del Gran San Juan - Capital, Rawson, Chimbabue, Rivadavia, Santa Lucía - , Pocito, Zonda y Ullum. Para ingresar al predio, hablaban con los camioneros y subían al camión, es decir, que llegaban conjuntamente con la basura.

Coincidimos con Abduca (2011) que en el trabajo de recolección de residuos se despliegan diferentes estrategias, entendidas como una planificación mental, una serie de acciones racionales con respecto a fines que, en este caso, se lleva a cabo con medios escasos. Para apropiarse de la basura que los camiones contenían, cada recuperador o grupo articulaba diferentes estrategias cuyo motor era conseguir la mayor ganancia posible; ganancia no sólo monetaria, sino también en objetos considerados de valor como alimentos o vestimenta.

La primera que pudimos observar es el establecimiento de arreglos entre recuperadores y camioneros. Según diferentes relatos, algunos ya los conocían y acordaban con ellos que les “guarden” la carga:

“Yo a las cinco de la mañana, a veces cuatro y media, cinco estaba esperando a un muchacho que siempre (...) me dejaba el camión. Me decía: ‘te espero aquí. Vos esperame que yo a tal hora llego, este viaje es tuyo’. Y al otro muchacho de Rivadavia que pasaba a las tres, ese también. Yo los dejaba a esos dos camiones y con eso tenía pa’ trabajar”. (Alfredo)

Otros, en cambio, conocían los días y horarios de llegada de los camiones que contenían objetos de mayor valor, principalmente los provenientes de la Mina Veladero - donde abundaban las botellas de plástico principalmente - y metales (cobre y aluminio). Estos bienes, valiosos al momento de la venta, eran, en muchos casos, objeto de disputas entre recuperadores.

“Traía contenedores y en esos contenedores traía mucho lo que era cobre, todas esas cosas. Entonces los que ya sabían, ellos iban y esperaban eso, ¿no? por la mitad del camino. Entonces ya cuando llegaba el camión, el equipo, acá de la ciudad, ya venían ya cada uno que se había agarrado acá contenedores y ahí se armaba el lío”. (Mariela)

En el relato de Mariela encontramos una combinación de ambas estrategias, ya que algunas personas, además de conocer los días y horarios de los camiones más valiosos, los esperaban a mitad de camino para apropiarse de esos residuos, obteniendo una ventaja sobre el resto de los/as recuperadores/as.

No obstante las estrategias desplegadas por algunos, la gran mayoría de las personas debía “engancharse” o “colgarse” del camión para poder recoger algo de la basura que el mismo transportaba. Paulina lo relata de esta manera:

- *“...Todo el día, todo el día corriendo porque tenías que engancharte del camión que venía entrando.*
- *Claro, ¿pero qué? ¿Directamente te colgás?*

- *No, no, no, únicamente agarrarte del fierrito ese. Vos ya tenías tu lugar en la basura. Porque si no te agarrabas de ahí, no podías recolectar en ese lugar, ¿me entendés? (...) Ese camión te lo perdiste, no viste nada de ese camión”. (Paulina)*

El hecho de tener que correr (literalmente) alude a la carrera por apropiarse del contenido del camión. Había que ser rápido para “engancharse” o “colgarse”, que no sólo significa ir subido al camión, sino que tocarlo, en cierta medida, les aseguraba un lugar o ciertos derechos sobre la carga en relación con la proximidad al vehículo.

2. Recolección

Una vez que los camiones con los residuos entraban al predio, se dirigían hasta un lugar donde descargaban la basura. Al mismo tiempo que las personas revisaban el contenido del camión, una topadora lo iba esparciendo, mientras que otra máquina hacía pozos donde enterrarlo. Es decir que el tiempo que tenían los/as recuperadores/as para “rescatar” algo de los camiones era escaso, aproximadamente unos quince minutos.

“Entonces el de la topadora, o sea, el de la máquina...Porque ahí eran unos pozos también, hacían zanjas hondísimas, no sé de cuántos metros porque esa basura la iban tapando (...) Y bueno, con un camión no te solucionabas el día, tenías que quedarte hasta las cinco de la tarde, todo era un laburito así. O sea: un camión, quince minutos, la topadora, sacaste, sacaste. Si no, bueno, está entrando el otro camión. Fuiste allá, y vas con una bolsa, ¿viste esas bolsas verdes? Bueno, y después teníamos los bolsones grandotes que son altos como la puerta y llenábamos”. (Paulina)

Claramente, la labor no era sencilla. Todo parece remitirnos a esta carrera, no solo detrás del camión, sino durante la recolección. Un trabajo contrarreloj que suponía rescatar la mayor cantidad posible de material útil y valioso ante la persecución de una topadora que iba enterrando los residuos sin piedad. Así transcurría el día: corriendo, esperando, recolectando, arriesgando, disputando, manoteando, clasificando. Asimismo, cuando Paulina dice que “*con un camión no te solucionabas el día*”, está haciendo alusión a que la carga de un solo camión no era suficiente para ganar el sustento, no solo por la variedad de materiales que podían contener los residuos, sino por la gran cantidad de personas que recolectaban. De este modo, había que pasar varias horas trabajando para generar un volumen de materiales que les proporcionara un ingreso útil.

Identificamos que para la recolección había dos tipos de estrategia definida: recuperación para venta y para autoconsumo. La primera tenía por objetivo procurarse de dinero para la manutención familiar. La segunda, en cambio, estaba orientada a hacerse de bienes materiales para el uso personal o familiar, evidenciando que la llegada de camiones que contenían alimentos principalmente provenientes de supermercados eran objeto de disputas por el valor de su contenido.

El principal objetivo de la etapa de recolección estaba orientado a recuperar materiales para la venta. Los recuperadores y recuperadoras buscaban en la basura los materiales de mayor valor, que eran principalmente cartón, plástico, vidrio, chatarra y metales como el cobre o aluminio. Estos últimos, en ocasiones los obtenían quemando la basura a fin de dejar al descubierto tales metales provenientes, principalmente, de los

cables. La labor consistía, entonces, en abrir las bolsas de basura y juntar aquello que les conviniera, para luego colocarlo en bolsas grandes o bolsones, todo mezclado debido al escaso tiempo con el que contaban entre la entrada de un camión y otro.

En cambio, la recolección para autoconsumo, como dijimos, tenía por objetivo procurarse de bienes materiales para el uso personal o familiar, como ropa, calzado o alimentos. Los camiones con mercadería a menudo eran objeto de grandes disputas en el vertedero, evidenciando que tales bienes eran a veces inasequibles para las familias recuperadoras debido a su alto valor monetario (como el jabón en polvo, el detergente o el aceite). Asimismo, les significaba un ahorro ya que había mercadería que no tendrían que comprar con el dinero de la venta de materiales. Entre la mercadería hallada, las personas entrevistadas enfatizan en elementos de limpieza (como jabón o detergente), mercadería no perecedera (aceite, fideos, arroz, etc.) y frutas y verduras que si no se llevaban al hogar, se consumían en el lugar. También en este grupo podemos ubicar botellas de agua mineral o jugos que venían entre los residuos de la mina Veladero.

Además de los alimentos mencionados, los recuperadores y recuperadoras se llevaban a su hogar zapatillas o ropa que encontraban en los residuos, representando un bien codiciado porque “no se podía comprar”. Esto hace referencia a la situación de pobreza que atravesaban los asistentes al basural, cuya ganancia alcanzaba únicamente para subsistir. No obstante, mencionan ciertas “ventajas” de la recuperación de residuos con respecto a los bienes hallados. Los/as recuperadores/as asistían al vertedero con ropa que traían de su domicilio y entre lo que hallaban, a veces volvían a sus hogares con ropa “limpia” que encontraban en la basura.

En cuanto a los insumos o herramientas necesarios para realizar el trabajo, encontramos que uno de los aspectos que facilitaba el desarrollo de las prácticas de cirujeo es, precisamente, el bajo requerimiento de medios de trabajo: ganchos para romper las bolsas, bolsones donde colocar los materiales y, en algunos casos, guantes. Sin embargo, queda en evidencia que la principal herramienta era el propio cuerpo, ya que los recuperadores y recuperadoras debían valerse de la fuerza física no sólo para ganarse un lugar en la basura sino para llevar adelante todo el proceso de trabajo aquí descrito. En este punto, nos remitimos a las consideraciones de Le Breton (2002, p. 87) sobre el hecho de que el cuerpo se percibe como un componente vinculado a la base material de producción en la sociedad capitalista, convirtiéndose en un instrumento de trabajo. El autor señala que actores de los estratos populares, como es el caso de los recuperadores, establecen una “relación instrumental con el cuerpo”, percibiéndolo como una “herramienta” (comillas en el original).

Como es posible observar, la práctica y labor misma de la recolección es una actividad que requiere de un conocimiento sobre los “movimientos” del vertedero para aprovechar las oportunidades y alejarse, en la medida de lo posible, de los riesgos que la misma conllevaba. Al preguntar a los/as entrevistados/as acerca de las medidas de seguridad o precauciones que tomaban, dijeron que usaban guantes que encontraban entre los materiales recuperados en el mismo lugar y, en algunos casos, se cubrían la cara con remeras, especialmente cuando había humo en el ambiente.

Las personas entrevistadas reconocen que estaban expuestas a situaciones riesgosas al enunciar que no tenían acceso a ninguna clase de equipo de protección personal como botas, guantes y ropa adecuados para realizar sus tareas. Asimismo, enfatizan en la constante manipulación de varios tipos de materiales con características afiladas y cortantes o la exposición a accidentes de diverso tipo: caídas, contacto con

explosivos, ácidos, etc. Coincidimos con Dimarco (2007) en que los recuperadores y recuperadoras del vertedero de La Bebida estaban expuestos a riesgos sanitarios y físicos, tanto por la manipulación de elementos que podían transmitirles enfermedades o infecciones como por la contaminación ambiental del lugar, la proliferación de insectos y la exposición a sufrir lesiones y accidentes de todo tipo. Los mismos actores se referían a los peligros a los que se enfrentaban e incluso, hacían referencia a accidentes ocurridos en el lugar, dando cuenta de la existencia de condiciones inadecuadas y procesos de trabajo insalubres a los diariamente se exponían en el desempeño de sus tareas.

3. Clasificación y traslado de los materiales recuperados

Esta etapa consistía separar lo recolectado, desechando lo que no servía y amontonando los residuos según el material (papel, cartón, plástico, vidrio, chatarra, etc.). Esta labor se llevaba a cabo en el mismo vertedero, en un lugar determinado que cada recuperador o grupo se había asignado.

En cuanto a la selección, encontramos diferencias entre aquellos recuperadores que realizaban la venta de los materiales en el día, los que vendían día por medio y los que lo hacían una vez a la semana. Quienes vendían todos los días, clasificaban generalmente en un horario en que los camiones dejaban de ingresar al predio, o cuando su ingreso mermaba en cantidad. En cambio, aquellos que juntaban durante toda la semana para vender al final de la misma, destinaban un día específico a dichas tareas.

Estas decisiones tenían que ver con la conveniencia económica de tener dinero suficiente para garantizar la sobrevivencia y manutención de la familia. Las personas que vendían todos los días para obtener un ingreso diario, vivían también al día. Una vez que llegaban a cierta cantidad de material recuperado, con la noción de su valor monetario, sabían que tenían cubiertas las necesidades del día siguiente. En cambio, quienes vendían por semana, si bien hacían un cálculo similar, eran más previsores que los primeros. En estos casos, la estrategia principal consistía en acopiar la mayor cantidad de material para abaratar los costos de traslado y vender el día viernes a fin de tener dinero el fin de semana, que les permitía cubrir los gastos de la semana siguiente.

Una vez clasificados los materiales, los recuperadores y recuperadoras debían trasladarlos hacia el establecimiento dedicado a la compra de materiales reciclables, denominado recuperadora - o en palabras de los entrevistados “chacarita”. Los/as recolectores/as conseguían mediante arreglos que los mismos camiones que llevaban la basura al vertedero les oficiaran de transporte a cambio de un pago.

Con el fin de abaratar costos, se asociaban entre varios grupos o familias para compartir los gastos de traslado que implicaba transportar los materiales recuperados hacia el establecimiento donde se realizaba la venta. Vemos aparecer aquí que, pese a que cada recuperador trabajaba para su propio beneficio - entiéndase para beneficio de su familia o grupo - las “redes de intercambio recíproco” de las que hablábamos estaban vigentes a lo largo del proceso de trabajo en el vertedero, dejando entrever el uso de un recurso útil para la resolución de un problema (en este caso, el traslado del material recuperado) donde resultaba beneficioso asociarse para abaratar los costos de traslado debido a la inseguridad económica a la que estaban sometidos.

4. Comercialización

La venta de los materiales recolectados y clasificados se llevaba a cabo en establecimientos (llamados recuperadoras) que se dedican a la compra de materiales reciclables por peso. Los entrevistados y entrevistadas coinciden en que le vendían los materiales a un único establecimiento ubicado en las cercanías del vertedero³. Extraordinariamente, si allí no podían vender, lo hacían en otro lugar. Si bien en un principio, los compradores del material recuperado se acercaban al vertedero para adquirir lo recolectado por los recuperadores, luego dejaron de hacerlo, obligando a los recolectores a trasladar la mercadería para su venta.

Los/as recolectores/as informales llevaban su carga hasta el depósito. Una vez llegados al lugar, el procedimiento consistía en descargar del camión los bolsones con los materiales separados según clase y calidad, ya que el valor de los mismos dependía de estas características para luego pesarlos (las empresas recuperadoras compran el material por peso), recibiendo el pago correspondiente, siempre en efectivo.

Otro aspecto interesante, radica en que los materiales más rentables para los recuperadores y recuperadoras eran los más difíciles de conseguir, operando también en esta actividad informal las leyes de la oferta y la demanda:

“- Lo que te convenía más siempre ha sido el cable, viste, el cobre. Siempre te convenía más eso, o el aluminio. El cartón, botella. Muchos juntaban más cartón y botellas, la botella plástica que era lo que más sacabas y lo que más rendía.

- ¿Vendían por peso? ¿Cómo era?

- Eso era por kilo. Por ejemplo, te sabían pagar el kilo de botella \$1,00 o \$0,70”. (Santiago)

Lo más buscado eran los materiales más rentables: botellas plásticas y cartón. Además, otros elementos de mayor valor pero difíciles de conseguir eran los metales como el cobre o el aluminio, cuya obtención implicaba quemar los cables para sacar el hilo de cobre de su interior, sumándole dificultad e insalubridad a la tarea.

Estos relatos dejan entrever que los/as recuperadores/as de La Bebida, para poder obtener el dinero que les asegure el sustento, debían pasar largas horas diarias recolectando, clasificando y transportando los materiales obtenidos de la basura. Por su parte, los establecimientos dedicados a la compra de los materiales, obtienen una mayor ganancia ya que las venden a las recicladoras o a establecimientos especializados a un precio sustancialmente más alto, evidenciando inequidades entre los agentes que intervienen en el proceso.

v. Organización del trabajo en el vertedero

Al profundizar acerca de la forma en que los recuperadores y recuperadoras se organizaban para el trabajo en el vertedero, encontramos que la misma estaba íntimamente ligada a su historia laboral, fundamentalmente a las formas de organización que revestía el trabajo agrícola al que estaban acostumbrados. Las labores se constituían

³ Es posible suponer que la preferencia por uno de los establecimientos tenía que ver con su cercanía al vertedero, lo cual implicaba menor costo de traslado y una “venta segura”.

alrededor de la familia, construyéndose como una verdadera unidad productiva, notando que había apellidos vinculados a la actividad.

A su vez, desde la noción de familia extensa, el trabajar la basura no solo afectaba en su desempeño a los miembros de la familia nuclear, sino que incorporaba a otros miembros, unidos por lazos de proximidad y/o parentesco, como ser tíos, cuñados, primos, vecinos y/o amigos.

Una estrategia muy utilizada consistía en armar grupos numerosos de familiares y amigos a fin de abarcar más espacio en el predio y así conseguir un mejor acceso a los residuos que iban llegando al vertedero. Es válido aclarar que esta asociación sólo se llevaba a cabo para la etapa de apropiación de los residuos, predominando el cuentapropismo en las siguientes etapas de trabajo. De esta manera, dentro de un grupo podían encontrarse subgrupos generalmente definidos por la composición de un hogar.

Del mismo modo, esta forma de organización asociativa se hacía más evidente en función de la ganancia que podría generar una carga. Si los recolectores tenían posibilidad de acceder a algún camión con materiales considerados valiosos, se producía una asociación con otros familiares y/o amigos con el objetivo de poder recolectar mayor cantidad de material del cual, una vez efectuada la venta, repartían las ganancias para cada familia.

Como hemos tratado de mostrar, la práctica de recuperación informal era eminentemente cuentapropista donde cada familia (o cada hogar) recolectaba para sí mismo y donde la asociación con otros recuperadores surge de la necesidad de maximizar las ganancias si una carga era considerada “buena” o bien para abaratar los costos en la etapa de traslado de los materiales para su venta.

A partir de las entrevistas, fue posible evidenciar que en el vertedero de La Bebida operaba un proceso de ocupación y apropiación del espacio, cuyo primer rasgo visible radica en el hecho de que las personas lograban ingresar allí por medio de la invitación de alguien que ya asistía. A este respecto, Abduca (2011) plantea que “no hay nadie que no se apropie efectivamente algún territorio, aunque sea mínimo. Aunque sea tan mínimo como el cuerpo humano y su entorno inmediato” (p. 5). De esta manera, el basural se transforma en su espacio, su territorio, en su lugar de trabajo. Pero no los encuentra solos, sino que es un espacio compartido (Busso y Gorbán, 2004) que, una vez ocupado, su apropiación se iba produciendo y afianzando en cada una de las etapas del proceso de trabajo, donde las actividades llevadas a cabo por los grupos de familiares – principalmente la cantidad de territorio susceptible de abarcar -, eran el medio por el cual se ganaban e identificaban los lugares que cada grupo se asignaba, cuya legitimidad estaba dada por el propio colectivo.

Los relatos dejan entrever que el espacio de cada uno era reconocido por el colectivo de recuperadores y que, por código interno, no se intervenía en el espacio del otro. Tampoco se cuestionaba o disputaba. Es posible que esto se debiera a que en ese espacio regían leyes no escritas que “regulaban” la forma de trabajar y estaban legitimadas por la costumbre.

“Por ejemplo el camión entra así, marcha atrás. Entonces la gente se pone acá, se engancha de acá a acá (señala la parte de ambos laterales del camión), entonces cuando el camión vuelca y sale para allá, era un redondito acá. Entonces la gente rodea la basura y van hacia arriba, ahí

arriba, el más fuerte gana ¿me entendés? Unas roscas de aquellas”.
(Paulina)

La más visible es la denominada “*ley del más fuerte*”, que estaba presente más claramente en las dos primeras etapas del proceso de trabajo en la basura. La misma planteaba una lucha de supervivencia donde el más fuerte (o el grupo más numeroso) era el que abarcaba más lugar y juntaba más material. Se podría decir que se respetaba a los grupos mayoritarios.

Describimos la manera en que las familias organizaban el trabajo con la basura, ahora nos interesa hacer mención a las formas de división del trabajo que fue posible advertir hacia adentro de los grupos familiares, que dependían de la etapa del proceso de que se tratase. Por ejemplo, para la recolección, la labor se realizaba sin diferenciación entre sexo y edad, es decir que todos los miembros de la familia o grupo participaban en la actividad de abrir bolsas y sacar aquello que pudiera ser útil. Lo mismo sucedía en las etapas finales de traslado y venta de los materiales. En cambio, a la hora de seleccionar y clasificar, las mujeres tenían un mayor protagonismo. Incluso, cada familia asignaba a algún miembro – generalmente mujeres, niños o ancianos – para que oficiara de “cuidador” de la mercadería recolectada.

Como es posible advertir, todos los miembros de la familia participaban de alguna manera en las tareas de recuperación de materiales, de manera similar a lo que acostumbraban a hacer muchos en su infancia o juventud, cuando trabajaban en la agricultura junto a sus familias.

Otro aspecto que se indagó es la duración de la jornada de trabajo. La cantidad de horas dedicadas a las labores de recuperación dependía principalmente de la capacidad de recolección, que a su vez se encontraba íntimamente relacionada con las formas de organización del trabajo (individual o familiar), especialmente en la cantidad de personas que participaban en la tarea, como una estrategia cuyo fin era recolectar la mayor cantidad de material. Cuando los/as recuperadores/as consideraban que tenían suficiente mercadería para vender, finalizaban la jornada. Según distintos relatos, la misma se extendía desde las cinco o seis de la mañana hasta el mediodía en algunos casos y en otros, hasta últimas horas de la tarde, cerca de las veinte.

Podríamos decir que un día de trabajo resultaba extenso (entre ocho y doce horas) y de acuerdo a la información obtenida, agotador debido a la cantidad de horas, a las condiciones ambientales del vertedero, a la falta de recursos (como agua y alimento) y al esfuerzo físico requerido para realizarlo. Asimismo, decir que la presencia de estas formas de manejarse en el vertedero afianza la idea de que la actividad laboral de recuperación de residuos era cuentapropista, donde cada familia orientaba su trabajo a conseguir la mayor cantidad de material posible, disputando el contenido de los camiones recolectores con las demás personas que asistían al predio. Estas prácticas coexistían con las de asociatividad, presentes en otras etapas del proceso, como parte de una estrategia cuyo fin era maximizar las ganancias obtenidas de la venta de los materiales recuperados.

REFLEXIONES FINALES

En la presente ponencia el principal eje de indagación ha sido la trayectoria laboral de los/as recuperadores/as de RSU del vertedero de La Bebida, previa a su incorporación al PTA, haciendo hincapié en las particularidades que adquiría el trabajo con la basura en el vertedero de La Bebida. Resumiremos aquí las principales conclusiones a las que arribamos.

Con respecto a las trayectorias laborales, en todos los casos se observan itinerarios caracterizados por una alta rotación, en los que se alternan actividades informales de obtención de ingresos y empleos precarios temporales con baja remuneración – principalmente rurales - que alternaban con la actividad de cirujero.

Más allá las diferencias en las trayectorias laborales de estos trabajadores y trabajadoras, encontramos algunas constantes que atraviesan todos los relatos. En primer lugar, se advierte una naturalización extendida de la precariedad, la inestabilidad y el trabajo en negro como aspectos inherentes a las realidades laborales. El horizonte de los derechos laborales aparece totalmente desdibujado entre estas personas, que en su gran mayoría no los experimentaron nunca en su vida. Es más, sus padres también tuvieron trabajos precarios, dedicándose principalmente a actividades agrícolas, albañilería y trabajo doméstico. Sólo unos pocos tuvieron empleos más estables. En segundo lugar y en relación a lo anterior, advertimos que las personas entrevistadas se iniciaron laboralmente siendo muy jóvenes (4 en la infancia y 4 en la adolescencia) para contribuir a la economía del hogar. Esto se conjuga - si no en todos los casos, en la mayor parte de ellos - con el abandono escolar antes de terminar la educación primaria. Así, la experiencia laboral degradada y la falta de credenciales educativas conspiraron contra las posibilidades de acceder a un empleo de calidad a futuro.

Concluimos que las trayectorias laborales de los/as recuperadores/as de La Bebida son precarias e inestables. Las pudimos clasificar en tres grupos: trayectorias con algún trabajo estable, trayectorias desarrolladas en trabajos inestables y trayectorias centradas en el cirujero. Más allá de esta distinción, pudimos observar que la característica que las atraviesa es la inestabilidad, con constantes entradas y salidas en diferentes actividades laborales, situando a estos trabajadores y a sus familias en una posición de vulnerabilidad y precariedad en el espacio social, donde el recurso de alternar o combinar el trabajo en las cosechas en épocas de verano y el vertedero en el invierno intentaba compensar la falta de ingreso asociada a la estacionalidad de las labores, procurándoles cierta estabilidad económica.

Dijimos que las trayectorias laborales de los/as trabajadores/as en estudio confluyen en un mismo lugar: el basural de La Bebida. La situación de pobreza de las familias y las características particulares del contexto socio-territorial en que estos trabajadores y trabajadoras se han desenvuelto, actuaron como condicionantes de sus inserciones laborales. Si bien en un principio, afirman haber asistido al vertedero como un rebusque, una salida o alternativa ante la falta de trabajo, ese recurso “temporario” se fue convirtiendo en permanente ante la imposibilidad de conseguir un trabajo estable. Esto se debió, en parte, al rédito económico que suponía la recuperación y venta de materiales frente a los magros ingresos que obtenían en la realización de changas o trabajos en cosechas. No obstante, en el caso de las mujeres, además de los motivos mencionados, la opción por la recolección informal estaba ligada a su condición de género, a la maternidad y a los arreglos necesarios en la organización familiar para poder trabajar.

Tanto para comenzar a trabajar en el vertedero como para continuar haciéndolo una vez que se había comenzado, las relaciones personales, principalmente las de familiares, amigos y vecinos resultaban ser muy relevantes para obtener la información y los conocimientos necesarios para llevar a cabo la actividad de recuperación de materiales. Apoyados en estas redes de intercambio recíproco, los recuperadores y recuperadoras contaban con la facilidad de residir en cercanías del vertedero, generando así una oportunidad de obtención de ingresos relativamente accesible que se alternaba o complementaba con sus otros empleos temporarios.

La falta de trabajo o el carácter estacional del mismo, llevó a estas personas a acostumbrarse “a la fuerza” a trabajar en y con la basura, donde estaban expuestos a temperaturas extremas, falta de agua, malos olores, “mugre”, insectos, desechos, es decir, a un contexto que genera vergüenza y asco. Esto supuso la obligación de adaptarse “a la fuerza” y aprender a realizar un trabajo considerado por ellos desagradable, indigno e inapropiado. Para los recuperadores y recuperadoras de La Bebida, en los comienzos de la actividad algún lazo cercano les brindó los primeros conocimientos acerca del “oficio” de recuperación, que empezaban a adquirirse de manera informal y a afianzarse con la asidua asistencia al basural. Estos aprendizajes incluyen no sólo conocer acerca de los “movimientos” del lugar sino también saber distinguir entre los diferentes materiales y, principalmente, cómo desenvolverse en ese ambiente hostil.

Con respecto a las etapas del proceso de trabajo en el vertedero podemos concluir que los trabajadores y trabajadoras debían desplegar diferentes estrategias según la etapa del proceso de que se tratase. Es así que para las etapas de apropiación y recolección el foco estaba puesto en procurarse de los camiones que contuvieran objetos de mayor valor comercial (cartón, plástico, vidrio, chatarra y metales como el cobre o aluminio) para que les “rinda” el trabajo. Asimismo, buscaban objetos considerados de valor como alimentos o vestimenta, cuya apropiación era objeto de disputas entre las personas que asistían al basural por ser inasequibles para ellos.

Entre las estrategias desplegadas encontramos que había personas establecían arreglos con los camioneros para que les “guarden” la carga, evitando así las confrontaciones con otros recuperadores. Otros, en cambio, sabían acerca de los días y horarios de llegada de los camiones que contenían objetos de mayor valor, conocimiento que les otorgaba ciertas ventajas con respecto a los demás. Sin embargo, para apropiarse de los residuos la mayoría de las personas debía “engancharse” o “colgarse” de los camiones para poder recoger algo de la basura que transportaban, ya que subirse al camión, o al menos tocarlo, les aseguraba un lugar o ciertos derechos sobre la carga en relación con la proximidad al vehículo.

La etapa de clasificación y traslado consistía en separar los residuos recolectados, desechando lo que no servía y amontonando los residuos según el tipo de material (papel, cartón, plástico, vidrio, chatarra, etc.) en un espacio dentro del predio que cada recuperador o grupo se había asignado. El traslado hacia el establecimiento donde se efectuaba la venta se realizaba en los mismos camiones recolectores que llevaban la basura al vertedero. Las personas que trabajaban en el basural arreglaban el traslado con los camioneros mediante un pago, asociándose entre varios para abaratar los costos, dejando ver las “redes de intercambio recíproco” al hacer uso de un recurso útil en pos de un beneficio colectivo. Una vez llegados al establecimiento con los bolsones con los materiales separados según clase y calidad, se pesaban los materiales

teniendo en cuenta que el valor de los mismos dependía de estas características, recibiendo el pago correspondiente.

En todo este proceso la división del trabajo iba variando de acuerdo a la etapa del proceso de que se tratase. En las etapas de recolección, traslado y venta participaban por igual todos los miembros de la familia o grupo. En cambio, a la hora de seleccionar y clasificar, las mujeres tenían un mayor protagonismo. Incluso, cada familia asignaba a algún miembro – generalmente mujeres, niños o ancianos – para que oficiara de “cuidador” de la mercadería recolectada.

Estas formas de organizar el trabajo en el vertedero estaban relacionadas con la historia laboral de las personas entrevistadas, guardando algunas similitudes con el trabajo agrícola, principalmente con la modalidad de trabajo “a destajo”, donde la remuneración obtenida depende de la cantidad cosechada o en el caso del vertedero, con la cantidad de material recolectado. Esta forma de organizarse requiere de la participación de los miembros de la familia. Generalmente se organizaban en torno a la familia nuclear, aunque en algunos casos y para propósitos puntuales – como podría ser la llegada de materiales considerados valiosos – armaban grupos mayoritarios junto a otros familiares y amigos a fin de abarcar mayor cantidad de espacio y por ende, acopiar más material. A raíz de esto, fue posible advertir que en el vertedero regían algunas leyes no escritas, que funcionaban como formas de regulación del trabajo en el vertedero y estaban legitimadas por la costumbre. Encontramos que la denominada “*ley del más fuerte*” predominaba en las dos primeras etapas del proceso de trabajo en la basura, donde los más fuertes (y los grupos mayoritarios) conseguían un mejor acceso a los residuos. En consonancia con esto, las entrevistas revelaron que cada grupo tenía asignado “su lugar” – y los grupos mayoritarios accedían a “mejores lugares” - y eso era respetado por el conjunto de recuperadores. Todo esto deja entrever que en el vertedero operaba un proceso de ocupación y apropiación del espacio que se iba afianzando en cada una de las etapas del proceso de trabajo y que se determinaba por la cantidad de territorio que cada grupo lograba abarcar.

Como dijimos, la asociación entre grupos de familiares permitía una mayor capacidad de recolección de material, factor que resultaba determinante en la cantidad de horas que los recolectores y recolectoras dedicaban a estas tareas. No obstante, la práctica de recuperación de residuos era eminentemente cuentapropista. De esta manera, un día de trabajo finalizaba cuando el/la recuperador/a y/o su familia consideraba que tenía suficiente material para asegurar, luego de su venta, el ingreso deseado. La realidad es que las jornadas laborales en el vertedero eran extensas, comenzando a las 5 - 6 de la mañana hasta altas horas de la tarde en la mayoría de los casos. Algunas familias, para poder atender a sus hijos/as hacían doble jornada con horario cortado. En cualquiera de los casos, el trabajo en sí mismo resultaba agotador no solo por la cantidad de horas dedicadas sino también por las condiciones ambientales del vertedero, a la falta de recursos (como agua y alimento) y al esfuerzo físico requerido para realizarlo, factor indispensable para ganarse un lugar en la basura, dejando en evidencia que la principal herramienta para llevar a cabo las labores era el propio cuerpo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Abduca, R. (2011). Acariciando lo áspero. El itinerario cartonero como construcción de un territorio. En: Suárez, F. & Schamber, P. (Comps.). *Recicloscopio II. Miradas sobre*

recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina (pp. 183 - 222). Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICCUS-UNLA-UNGS.

Adler de Lomnitz, L. (1973). Supervivencia en una barriada en la ciudad de México. *Demografía y economía*, 7(1), pp. 58-85.

Aparicio, S. (2007). El trabajo infantil en el agro. En Aparicio, S. et al. El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública (1° Ed., pp. 205 – 240). Buenos Aires, Argentina: Oficina de la OIT en Argentina. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Recuperado de http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca_libros/trabajo_infantil_argentina.pdf

Busso, M. & Gorbán, D. (2004). Trabajando en el espacio urbano: la calle como lugar de construcciones y resignificaciones identitarias. En: Battistini, O. (Comp.). *El trabajo frente al espejo: continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores* (pp. 235 – 268). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Castel, R. (1997). La metamorfosis de la cuestión social. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Dimarco, S. (2007). ¿Podremos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura. *Papeles del CEIC*, (2), pp. 2 - 29. Recuperado de <http://www.ehu.es/CEIC/pdf/33.pdf>

Farías, L., & Herrero, V. (2013). *Lo visible invisibilizado. Condiciones y medio ambiente de trabajo de los cartoneros en la ciudad de La Plata: del trabajo al rebusque y del rebusque al trabajo*. En 11 ° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo.

Graffigna, M. (2005). Trayectorias y estrategias ocupacionales en contextos de pobreza: una tipología a partir de los casos. *Trabajo y sociedad*, 6 (7), pp. 1 - 16. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3873/387334679005.pdf>

Jelin E. (2000). Pan y afectos: la transformación de las familias. San Pablo, Brasil: Fondo de Cultura Económica.

Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Perelman, M. (2009). *Haber sido y ser. De trabajadores y cirujas en la Ciudad de Buenos Aires (1977-2007)*. VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM). Buenos Aires, Argentina. Recuperado de https://www.academia.edu/710438/Haber_sido_y_ser_De_trabajadores_y_cirujas_en_la_ciudad_de_Buenos_Aires_1977_2007_

Waisgrais, Sebastián (2007). Aspectos socioeconómicos vinculados a la relación entre trabajo infantil y educación. En Aparicio, S. et al. El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública (1° Ed., pp. 167 – 204). Buenos Aires, Argentina: Oficina de la OIT en Argentina. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Recuperado de http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca_libros/trabajo_infantil_argentina.pdf